

EL ENTREACTO.

PERIODICO DE TEATROS, LITERATURA Y ARTES.

Sale jueves y domingos. Los suscritores reciben *gratis* todos los meses, un drama nuevo y una hermosa estampa; y tienen entrada en un gabinete particular de lectura, establecido en el despacho del periódico, calle de la Montera número 14.

Se suscribe á 8 rs. mensuales, 20 por trimestre y 28 para las provincias franco de porte.

PUNTOS DE SUSCRICION. En el despacho del periódico, y en la librería de Ríos, calle de Carretas, frente á la imprenta nacional.

El señor Basili ha publicado una carta en el número 512 del *Correo Nacional*, tratando de rebatir las ideas emitidas por el *Piloto* y por nuestro periódico, acerca de la representacion de la ópera *Lucrecia Borgia*. D. Leopoldo Augusto de Cueto, el apreciable escritor del *Piloto*, ha contestado á la carta, en un muy bien escrito artículo, que desearíamos poder reproducir íntegro; mas no permitiéndonos su demasiada estension, nos contentaremos con copiar una parte de él. «Dice así:

.....
«Pero lo que mas desazon ha causado, al parecer, al señor Basili, es la acusacion, bien ligera en verdad que dirigimos contra los coristas. «No sé, dice, qué falta ha podido notar el escritor del *Piloto*, para ser tan severo con ellos.» Está visto que el señor Basili lee la música con mas atencion que los periódicos. Lo que notó el escritor del *Piloto*, y no solo éste, sino el público, es lo que ya le hemos dicho: *que los coristas se desentendieron al empezar y que se enmendaron despues*. Esta acusacion es la que nos ha grangeado el epíteto de severos, y en verdad que mucho aprecio debe profesar el señor Basili á los coristas, cuando tanto se agravia de que se piense que les acontece una cosa que á la Malibran acontecia, y que confesaba ella misma.

Cualquiera que vea el candor con que el señor Basili, encargado de la direccion de dicha ópera, nos revela lo muy satisfecho que quedó de su desempeño, creerá acaso que nosotros nos propusimos censurar á este en nuestro artículo. Pero fue precisamente todo lo contrario. El tal artículo es un puro elogio de la ópera, de los actores y de la direccion, y nos parece increíble que el señor Basili sea hasta tal punto descontentadizo. La admiracion que manifiesta de que nos haya parecido escaso el número de coristas, cuando, segun asegura, nunca ha sido este mayor que ahora en los teatros de la capital, nos ha demostrado que no es la lógica, ni con mucho, su ciencia favorita. ¿De dónde se infiere que hablásemos en sentido relativo? Al manifestar que el número de coristas era escaso, quisimos decir, y dijimos en efecto á nuestro entender, que era escaso en sí mismo, y no que lo era en comparacion de lo que otras veces habia sido. Por lo demas, el señor Basili sabe mejor que nosotros que el mayor número de coristas dá á los coros mayor brillo y efecto, y nosotros hemos oido quejarse al

mismo señor Donizetti, de que los coros del teatro italiano de París, donde nada se escasea, no pudieran ser tan numerosos como los de la *Academia real de música*.

Convenimos y hemos convenido siempre con el señor Basili en que la ejecucion de la ópera fué buena; pero no; rebelamos abiertamente contra la acusacion que nos hace de haber dicho escuela cuando quisimos decir estilo. Reconocemos todo el peso que debe tener en cuestiones musicales el dictámen de un profesor como el señor Basili; pero recusamos por incompetente su autoridad en la citada acusacion. Protestamos que al decir escuela, quisimos decir escuela y creemos que el señor Basili debe contentarse con su aptitud para juzgar del valor de las notas, sin aspirar á juzgar tambien del valor de las palabras.»

.....
Hasta aqui la contestacion del *Piloto*; mas bueno será advertir de paso, que siendo este periódico y el nuestro, los únicos que habian publicado artículos analíticos de la espresada ópera, pues todos los demas se contentaron con dar la noticia de su ejecucion y desempeño, resulta que el Sr. Basili, él solo, lleva la contraria á toda la prensa que habló de la ópera, lo cual manifiesta estar muy pagado de su opinion, y de su gusto, que debe de ser asaz melindroso, cuando se lamenta en dicha carta del escaso mérito de los periódicos artísticos y literarios que hay en España. Perdonenos la franqueza, pero no es ciertamente el Sr. Basili al que reconocemos como el juez mas competente en la materia.

Finalmente, á las cuatro poco urbanas palabras que dirigió á nuestro periódico, le contestaremos con otras cuatro.

Los juicios que ha formada el *Entreacto* acerca de las obras líricas que se han representado en el teatro de la Cruz, están apoyados en la opinion de maestros de mas crédito que el Sr. Basili.

UNA ESCENA DE LA EDAD MEDIA.

- Oh!... dejadme, por Dios, Señor.
- Yo soy rico y lo puedo todo.
- Y yo débil y pobre.

—Muchas manos hermosas se han complacido en tocar las mías, imprudente muchacha.

—Perdon, señor!...

—Muchas damas principales han reposado durante el día y dormido por la noche sobre este pecho de bronce, que desprecias tú, joven pobre y desvanecida.

—Piedad!...

—Piedad!... yo soy quien debe implorarla, vasalla, yo que soy tu amo y señor, yo que te adoro.

—Señor, ya no puedo disponer de mí, Rodrigo vuestro escudero ha recibido mis juramentos, y á él solo debo amar.

—Esta bien, morirá.... y á tí María, nada en el mundo te salvará de mi amor.

Diciendo esto, precipitase el señor de Oropesa sobre la futura esposa de Rodrigo; pero la intrépida joven dá un paso atrás, blandiendo un agudo puñal.

—No os acerqueis, señor, ó por Cristo crucificado, que el alto y poderoso señor de Oropesa se estrellará contra el hierro de una muger infeliz y débil, que no corresponderá jamas al amor impuro de su amo y señor.

—Venganza!... desgraciada! gritó el caballero y retiróse.

II.

Al ponerse el sol, el señor de Oropesa dirigió sus pasos hacia la aldea de la Calzada, donde habia visto por primera vez á la virtuosa María, objeto de su amor desde aquel momento. Era tan bella!... Oh!... mucho mas hermosa, que todas aquellas damas que habian unido sus manos á las del caballero, y descansado la frente sobre su pecho.

Ya era de noche, cuando á través de algunos árboles llegó al oido del noble duque una voz conocida que decia:

—Partamos, padre mio, partamos!...

—Porqué, hija mia?... Soy ya muy viejo...

—Para no deshonorar vuestras canas.

—Y adonde iremos?...

—Dios nos guiará.

—Pronto me reuniré con tu madre en la tumba!.

—Mi madre!... Ah!... ella rogará en el cielo por nosotros.... (*y la cuitada lloraba diciendo esto.*)

—Nos prenderán, hija mia, y seremos castigados por haber querido abandonar las tierras de nuestro amo y señor.

—Partámos, padre... el señor de Oropesa ama á vuestra hija....

—Hija del alma!... partamos pues.

—Mañana....

—Ahora mismo.

Algunas horas despues, los hombres de armas del señor de Oropesa, alcanzaron y prendieron cerca de Almaraz á un anciano que caminaba con su hija.

III.

Rodeados los fugitivos de guardias armados, entran en la sala del castillo, en donde el de Oropesa ha reunido sus principales vasallos.

—Anciano, les dijo, á ti y á tu hija, se os acusa de haber abandonado las tierras sujetas á mi dominio; qué teneis que responder en vuestra defensa?... Hablad.

—Nada tengo que añadir (repuso ella,) á lo que otra vez he dicho al poderoso señor; soy pobre y desvalida y no quiero corresponder al amor del gran....

—Esta bien, gritó el duque, con voz de trueno. Ya lo ois, señores; el delito está provado y nada tiene que decir en su favor.

—Es preciso que la justicia sea satisfecha; exclamaron todos los hombres de armas que desempeñaban las funciones de jueces.

—Justicia y reparacion al duque de Oropesa.

—Sí, justicia, repitió el duque, lleno de cólera; justicia y reparacion. Acercaos, anciano. (*El padre de María se dirige temblando al duque.*) Aproxímate mas, joven. (*María se acerca á su padre.*) Dobla la rodilla, vasalla. (*María se prosterna ante el duque.*)

—Venga aquí mi escudero Rodrigo. (*El escudero se aproxima pálido y temblando.*) De rodillas, Rodrigo... bien... junto á esa mujer.... Ahora, anciano, bendecid á vuestros hijos, y vamos á la capilla donde el altar está dispuesto.

Dicho esto, el señor de Oropesa echa una hermosa cadena de oro al cuello de María, de aquella joven pobre y hermosa que resistió al amor del rico y poderoso.

.... Aquella noche bailaban los jóvenes de ambos sexos en el patio del castillo feudal... Rodrigo y María eran esposos.

NOVIAS Y QUERIDAS.

Uno de los preceptos del decálogo que observo yo con mas escrupulosidad, es, á no dudar, el que nos prohíbe hostilizar á la muger del prógimo; y bien sea por miedo, bien por virtud, bien por egoismo, (que de todo puede haber) dejó á los esposos en el goce de todos sus derechos, y preeminencias, y busco amores entre las solteras. Todo el mal que con estas puede sobrevenir, es el de que le califiquen á uno con el dictado de *novio*, sinónimo en el dia de *tonto*. Yo sin embargo no rehuyo cargar con toda la ridiculez de este epíteto, que á tantos se ha aplicado, se aplica, y se aplicará, y cuya odiosidad se desvanece con el tiempo. En una palabra, me decido por *Platon*.

Esta determinacion arraigada hace mucho tiempo en mi corazon, contribuyó á que lo estuviera mas aun, una conversacion que tuve con un antiguo amigo.

Dos son los nombres que se dá á las mugeres cuando le favorecen á uno: ó *novia*, ó *querida*.—Estos dos nombres que tantos confunden, los concibo yo de tan diferente manera, bajos tan distintos colores, como pudiera concebir la noche y el dia; lo blanco y lo negro. Trataré este asunto, ya que ha caido en mis manos, con todo el decoro y circunspeccion que se merece.—Yo desde luego me decido por la primera; es mi fuerte.

Empezaremos por la *querida*, que es lo que mas abunda en el dia; y haré solo de esta varias subdivisiones.

1.^a *La querida* que quiere al hombre que la quiere, y que no dá nada por este cariño; esta es la clase mas noble.

2.^a *La querida* que quiere al hombre que no la quiere, y que dá porque la quieran; esta es la clase mas odiosa.

3.^a *La querida* que no quiere, y á quien el hombre no quiere, y que por razones incomprensibles, se mantienen en una política, armoniosa á veces, exabrupta otras, y siempre fria; esta es la mas divertida; es como los cumplimientos de los Diputados en el Congreso; *mi digno amigo* — *mi ilustrado compañero* &c. No hago mas subdivisiones, porque en las ya hechas, dejo sobre entendidas á las viejas, a las casadas, y á todo el sexo en fin que se encuentre en este caso.

La primera subdivision, poco ó nada ofrece que decir, y este cariño solo existe en los jóvenes.

A la segunda pertenecen solo las viejas verdes, que olvidando las arrugas imprudentes de los años, tratan de ocultarlas, valiéndose de cuantos inventos ha sugerido y sugiere diariamente la química. ¡Cuán caras compran estas las ilusiones de un momento! Porque no pasan de ser ilusiones, y no ilusiones floridas, doradas, como las de la juventud, sino secas, y ajadas, como su edad.

No las llamo placeres, por no profanar este nombre; porque para gozar, se necesita vida, pasión; y allí no hay sino costumbre, vicio. Pero si es despreciable la mujer vieja que se compra á sí misma ¿cuanto mas despreciable será el hombre que se vende en esos términos? No entro á discutir el punto de los viejos que compran á las jóvenes; estas no forman parte de la especie que queremos definir: estas están todavía algunos escalones mas abajo que aquellas.

Réstame ahora la tercera subdivision que es la que mas me divierte, y en la que pueden comprenderse jóvenes y viejos, porque todos entran en ella, porque á todos es peculiar el fastidio y el hastío. Cuando veas amado lector, alguna pareja, sea cualquiera su edad, que con la risa en los labios, tratan de guardar en la sociedad todas las apariencias de buena armonía; que se deshacen en cumplimientos el uno para el otro, observalos sin embargo, y no te dejes engañar por aquellos falsos matices. Observalos, te repito, y verás á través de aquella sonrisa, de aquellos cumplimientos, un vacío en sus corazones, y un vacío que no es dado llenar al objeto á quien se dirijen. Ninguno de los dos se atreve a salvar la valla; ninguno se atreve á ser el primero; porque han hecho ya como costumbre esa vida; y porque (y es lo mas cierto) temen la censura de esa sociedad que escarnecieron, y olvidaron ellos tambien despues.—Estos no se aman, no; se temen.

Descifrado ya este punto pasemos á las *novias*, que son las que yo prefiero. Estas solo existen entre las solteras ó las viudas, por consiguiente no hay marido que asuste, no hay escondite que encierre. Al lado de la novia, se pasan las horas como momentos. Una sonrisa, una mirada suya, nos deja mas contentos, mas satisfechos, que todos los favores de una querida.

A mí me sucede, que cuando mi morena me mira de soslayo, pierdo los estribos estando á pie, y no trocaria mi suerte por la de Mahamud ¿Y por qué ese entusias-

mo? me diran algunos: ¿saben vds. por qué, señores míos? porque allí hay pasión, esperanzas, porvenir, ilusiones; y esto es la vida, la vida fantástica; la vida que hace gozar; porque la vida sin esto es nada; la vida sin ilusiones, sin esperanza, es una monótona cadena de horas tristes; de dias mas tristes aun; en fin es una vida que procuraré no pasar nunca; por lo que hace tiempo busqué una novia, que colocó sobre las niñas de mis ojos, y mirando los suyos suelo quedarme muchas veces con la boca abierta. =D.

PARIENTES DE TEATRO.

De todos los parientes, el tio es sin disputa el mas recomendable. El tio vale por sí solo mas que el padre, la madre y toda la generacion en líneas directas y transversales; es la verdadera providencia de los autores y de los sobrinos malas cabezas. El tio es un angel enviado espresamente del Perú á enriquecer á los holgazanes y disipadores que tanto abundan por nuestra tierra. Si los teatros tuviesen el medio por ciento de los tesoros en miniatura que guardan los tios en sus gabetas, ciertamente que representarían por mera distraccion. El tio ha de ser de condicion mansa, ha de tener gota, y llevar indispensablemente baston: sin la gota, el baston del tio seria un baston honorario, atendiendo á que rara vez lo emplea en su familia, y no por falta de motivos.

El teatro no puede menos de apreciar al tio, que es su verdadero padre; hasta en los mas sanguinolentos dramas se respeta su pacífica peluca. Tolérase matar, descuartizar, esterminar toda una familia; súfrese con paciencia el suicidio, el infanticidio, el... pero el tiicidio!.. jamás. Oh! al tio ni tocarle á una uña... Si tal sucediera, los tubos de los quinqués saltarian, las candiles, jas se apagarían, el apuntador vomitaria veneno, los bastidores brotarían sangre, los telones se desprenderían del telar, y las llaves que estuvieran en los bolsillos de los espectadores silvarían por sí solas. Dios nos libre!... Al menos si esto acaeciera con las tias, pase; nadie las echaria de menos en la escena. La tia es una atalaya, un espia, un Argos en forma de beata, que gruñe, regaña, acecha y viene á ser tan insoportable como la suegra, aunque no es parienta tan temible para los yernos, porque se contenta con rechinar los dientes, rabiarse á la sordina y entrar refunfuñando entre bastidores. Cuanto mejor son los tutores! Yo lo creo; al menos estos son generalmente ricos, sencillos y crédulos. Un tutor con sus precauciones y su manojito de llaves correspondiente, no es mas que un halconero que quisiera guardar una garduña en un castillo; echando la llave á la puerta principal. Cualquiera agugerillo serviria de puerta al animalejo, y toda pupila puede decir lo que Rosina á su tutor: *el pájaro sabrá escaparse de la prisión*.

Los padres dramáticos, no están muy bien vistos de los moralistas; algunas veces les vienen ganas de destrozarse á sus hijos, y no se los comen, que se yo por qué.

En la comedia de costumbres los padres conservan el distintivo de su especie; se nos presentan tiernos, amorosos y nulos.

Las hermanas se contentan generalmente con ser excesivamente sentimentales y resignadas; son frágiles tiros doblegados desde la primera escena, al viento de la desgracia ó á la tempestad de la seducción.

Los hermanos!... oh! los hermanos!... no hay que hablar de ellos!... yo los miro con suma indiferencia; siempre están en segundo término, escepto cuando tienen que vengar el honor ultrajado de alguna hermanita de naciado sensible. No me sucede lo mismo con los primos; de estos es preciso guardarse, ya se nos muestran macilentos y cazurros, ya traviesos y despejados. Los primos de teatro son casi peores que los de sociedad; y cuidado con estos!!

En una palabra, el pariente que hay que tener, es un tío; este es un personaje eminentemente jovenal, franco, bonachon... ¿Y el tío de América?... oh!... este es el prototipo de los tíos, el único que sabe perdonar las faltas de la juventud, y admitir herederos; hombre que cuando no tiene sobrinos adopta un chico del hocico... El hijo pródigo era un sobrino sin tío!...

TEATRO DE BUENA VISTA.

Noche del 17. Primera representacion del drama nuevo, traducido del francés, titulado *La Monja sangrienta*.

Conrado Waldorf, oficial al servicio de Alemania, deseoso de vengar la aparente inconstancia de María de Rudens, á quien amaba, y conocia bajo el nombre de Estela, la conduce á las catacumbas de Roma, sitio de los mas aislados y peligrosos que se conocen. Conrado, entusiasta por los cuentos maravillosos, se estremece al oír la historia del Cardenal Petrucci, y arrepentido de su resolucion trata de salir de aquel laberinto, y librar á Estela!.. Vana esperanza!.. en aquel momento es separado de ella por una de las bóvedas que se desprende, y le hubiera sepultado entre sus ruinas, si un personaje misterioso, Cagliostro, que habia hecho juramento á la madre de éste de protegerle hasta la misma noche de las bodas, no le hubiera salvado, como ya lo habia hecho en diferentes ocasiones. Estela, ó mas bien María de Rudens, creyendo cierta la muerte de su amante, y por cumplir el voto que habia hecho al cielo entra religiosa en un convento de Aaroó, del que la hacen superiora. Conrado, vuelve á Alemania y se enamora de Matilde de Sarnen, hija del conde de este nombre: mas su padre se opone vivamente á este enlace, y hace conducir á su hija al convento de Aaroó. Sucedo- ra María de Rudens de la historia amorosa de esta joven y del nombre de su amante, la obliga á tomar el velo. Pero Conrado llega oportunamente, y salva á Ma-

tilde del convento, dejando por muerta á María de Rudens.

María hace circular la noticia de su muerte y pone fuego al convento entre cuyas ruinas se aparece frecuentemente como un espectro, con el mismo traje de monja, y el puñal clavado en el pecho. Bajó esta fantástica forma vaga por todas partes logrando aterrorizar á sus moradores. Fija siempre en la idea de no separarse un momento de Conrado, sigue á este por doquier, y despues de infinitos lances que seria prolijo enumerar, le salva de un desafío, causando la muerte de su adversario.

La noche de las bodas de Conrado y Matilde logra introducirse en su aposento, le arroja el puñal para que la dé la muerte. Conrado recoge la arma fatal, y Matilde es herida equivocadamente por su amante. Libre ya María de su odiosa rival, trata de huir con Conrado; mas este por medio de un engaño, accede á sus deseos, la arranca la señal que María habia de dar para poner fuego al castillo, la arroja por la ventana, y á pocos momentos ambos son devorados por las llamas.

Difícil será que por esta breve reseña, escrita de prisa á deshora de la noche, puedan nuestros lectores formar una idea de lo que es el drama. La tendencia que tiene al género alemán hace aparecer inverosímiles muchos de sus rasgos mas perceptibles. En suma, es un melodrama espantoso de los que se ejecutan en París en el *Boulevard del Templo*, y de los que no quisiéramos ver ninguno en nuestra escena.

La ejecucion fué regular si se atiende á haberse hecho en un teatro de segundo orden: mas aconsejariamos á estos actores que se ocupasen en piezas de menos aparato, y de mayor mérito literario.

Selegrafo literario.

Opera nueva.—Nuestro colaborador D. Antonio García Gutierrez ha concluido el *libretto* de una de magia titulada *El sacristan de Toledo*, que debe ser puesta en música por los señores Carnicer, Saldoni y Basili, y ejecutarse á la mayor brevedad posible.

BADAJOZ.—El lunes anterior varios menestrales y artesanos ejecutaron en la iglesia del estinguido convento de religiosas de la Madre de Dios, la tragedia en tres actos titulada: La muerte de Luis XVI. Los actores, por mas que se esforzaron, no consiguieron gran triunfo por ser la pieza muy poco á propósito para ello, y tambien porque habiendo habido una concurrencia extraordinaria, era tal el ruido y ningun orden, que nada se entendia de la representacion, reduciéndose la concurrencia á una tertulia con los inmediatos. El calor y los chinches precisaron á retirarse á varias señoras y caballeros, así como la bulla y el alumbrado pusieron término á la funcion antes de que sus actores la concluyeran.

Editor, D. Juan Diaz de los Rios.